

Cardenal Eduardo Pironio

“Tuve el privilegio de observar su emoción e incluso sus lágrimas, cuando, en el Estadio Córdoba, hablaba a los jóvenes, durante el Encuentro Nacional de la Juventud de 1985. Me encontraba a unos pocos metros de él. Sus palabras exhortaban a ser testigos de la esperanza y comunicaban lo que inspiraba su misma persona, mientras respondía a su primera responsabilidad sacerdotal: la enseñanza. Sus palabras motivadoras son un estímulo, aún hoy, para este tiempo de crisis nacional y mundial.

Nos referimos al cardenal Eduardo Pironio, obispo argentino. Por esos años, desde el Vaticano, era **Presidente del Pontificio Consejo para los Laicos y representante del Papa, en ocasión del cierre de la Prioridad Pastoral Juventud, en la Argentina**. Su mensaje, en una parte, decía: ¡Jóvenes! No nos engañemos, si la patria no se construye desde adentro para afuera, muy lentamente, muy comunitariamente, muy eclesialmente, no construimos una patria de hermanos... **La esperanza no es para los flojos, la esperanza es la virtud de los fuertes; no se cansen, caminen siempre... el futuro está en tus manos, la paz en tu corazón...**

“Fue un amigo de todos los hombres y mujeres de su tiempo, hasta de aquéllos a los que nunca llegó a conocer”, escribe Bartolomé de Vedia en su libro *La esperanza como camino, Vida del Cardenal Eduardo Pironio* (Buenos Aires, Editorial SAN PABLO, 2008).

Eduardo, el último de los veintidós hijos del matrimonio de José Pironio y Enriqueta Rosa Buttazzoni, vinieron de la zona del Friuli (Italia), en 1898. El futuro cardenal nació el 3 de diciembre de 1920, en la ciudad de 9 de Julio, provincia de Buenos Aires. Con sólo once años, ingresó en el Seminario San José de la ciudad de La Plata. Fue ordenado sacerdote en 1943.

Una clave de lectura de la vida de monseñor Pironio es su firme conciencia, y lo testimoniaba, de haber sido elegido por Dios. Él fue una sencilla y fecunda respuesta al llamado divino, incluso en los diversos cambios de tareas pastorales que le solicitaban las autoridades de la Iglesia: rector del Seminario Metropolitano de Villa Devoto (1960), obispo (1964), secretario general del CELAM (Conferencia Episcopal Latinoamericana, 1968) y luego presidente de ese organismo continental (1972); obispo de Mar del Plata y asesor de la Junta Central de la Acción Católica Argentina (1972), cardenal y prefecto de la Sagrada Congregación para los Religiosos (1976) y presidente del Pontificio Consejo para Laicos (1986). Juan XXIII y Pablo VI le propusieron participar como perito conciliar del Concilio Vaticano II (1963).

Estas responsabilidades, asumidas siempre bajo los signos de la cruz y la resurrección, lo convirtieron en el ciudadano del mundo. Reconocido por sus dones de estar cerca de todos y por su motivación a invitar a vivir la esperanza cristiana. Superó los límites parroquiales y diocesanos. Experimentó la universalidad eclesial. *El CELAM me enseñó a ser pastor sin fronteras y soy inmensamente feliz de proclamarlo*, expresaba.

Su Testamento es una comprobación de este llamado a morir a sí mismo y de resucitar a la comunidad, a renunciar a lo bueno y a descubrir y comprometerse con lo válido. Subrayamos sólo algunos de los conceptos de esta herencia que permiten conocer su profunda vivencia de Dios:

En su testamento espiritual dice:

Agradezco al Señor el privilegio de la cruz. Me siento felicísimo de haber sufrido mucho. Sólo me duele no haber sufrido bien y no haber saboreado siempre en silencio mi cruz...

Un modelo de la cruz que despierta a la esperanza. Una experiencia intensa de los valores humanos y cristianos hasta **el martirio cotidiano**, en la entrega generosa e incondicionada, aceptando las incomprendiones de los que se aferraban a las tradiciones y lo tacharon de avanzado, comunista y montonero. Un rostro sereno, una sonrisa, siempre en sus labios. Una palabra clara y adecuada, y testimonial a la vez.

Vivió con pasión su vocación de pastor, amigo y padre de todos, en épocas de grandes cambios dentro de la Iglesia y del mundo. Se adaptó a los signos de los tiempos y a los aires nuevos del Espíritu, sin perder las raíces de la fe católica. Ejerció como fiel colaborador de Juan XXIII, Pablo VI y Juan Pablo II, durante el Concilio y, más tarde, en las estructuras de gobierno de la Iglesia. Junto con Juan Pablo II, el cardenal Pironio fue uno de los artífices de las Jornadas Mundiales de la Juventud, desde 1989.

El viernes 23 de junio de 2006, en la diócesis de Roma, se abrió la fase diocesana del proceso de beatificación y canonización del Siervo de Dios Eduardo Francisco Pironio. El cardenal transcurrió allí sus últimos años, donde falleció el 5 de febrero de 1998.